

JOSEBA SARRIONANDIA

¿Somos como
moros en
la niebla?



Entrada a la Casbah

Del Paraíso no puedo hablar, porque no estuve allí.

SIR JOHN MANDEVILLE

—¡No se meta en la Casbah! —me dijo el portero al salir del hotel.

No estaba lejos del puerto. Fui caminando con un dátil en la boca en la dirección de donde procedía el viento, y el viento venía del mar. La avenida era ancha, flanqueada por unos magníficos edificios de estilo colonial francés de fines del siglo XIX o principios del XX, y las sombras de las palmeras se agitaban inquietas en el empedrado. Debía de ser primavera, pues la temperatura no superaría los 14 o 16 grados. Un viento claro soplaba bajo el cielo azul. Hombres reservados vestidos con chaquetas oscuras se me cruzan en la memoria.

Había barcos, grúas, camiones junto a los almacenes, y el mar estaba en calma, con un inverosímil color índigo. La luz era admirable, de una claridad tal que las cosas se veían quizás más difusas. Entonces comencé a caminar hacia la parte vieja de la ciudad de Argel. La calle se hizo estrecha, de la anchura de una puerta de doble hoja. Algunas personas me miraban al pasar, calladas, como diciendo: ‘¡No te metas en la Casbah!’ O queriendo decir quizás: ‘¡A que no entras en la Casbah!’, o, ‘¡Tú métete en la Casbah, idiota!’ Me adentré en el laberinto sin dejar de subir por entre puertas cerradas y puertas entornadas, de cuyo interior se levantaban algunas miradas y se bajaban otras con voces ininteligibles.

Yo iba en busca de una gramática; la gramática que un siglo antes había dejado allí un muchacho que, como yo, había salido de un caserío al pie del monte Oiz. Y más allá de las miradas sombrías di con una gran mezquita, entre unas calles que ya había visto con dieciséis años en una película. ¿Sería la vieja mezquita de Jema el-Kebir que aparece en tantos libros de historia? Eran unos callejones angostos y retorcidos, que impedían caminar en línea recta o sin rumbo; nada que ver con la linealidad o la amplitud de las calles de las ciudades modernas. Hasta allí llegaban, sin embargo, la avenida, el puerto, la metrópoli.

Y escuché la voz del muecín proveniente del cielo del barrio avisando que era hora de oración:

—*Alahu Akbar, Alahu Akbar...*

Por un instante me sentí en el pasado, como por ejemplo en el siglo XVI. Y qué raro era ese pasado. Qué raro era todo alrededor.

Otro día volví a salir en busca de esa gramática, y me metí en un autobús lleno de gente. El viaje concluyó en un aduar. Allí no había ni libros ni gente joven, solo tres o cuatro ancianos, bajo una sombra, sentados sobre una piedra cada uno y como apoyando la espalda en el tiempo.

El sol bebía en el páramo como un burro de un pozo.

Estaban en silencio, pero no se les podría confundir con el paisaje. ¿Qué gramática guardaban? Con la gramática sucede que la gente no la conoce, pero la practica. Aun quien no esté al tanto de los elementos, de las estructuras y de sus combinaciones, habla bien:

—*Nik eztakizut gramatikarik* –recuerdo que decía una chica de Garazi—. *Balinbadakizu, aski duzu zuhaurek itia!*

‘Yo no sé gramática; si tú la sabes, habla tú entonces’. Sin embargo, ella, con aquel aire a cereza, cumplía cabalmente todas las reglas de la *Gramática* de Pierre Lafitte. Utilizaba con propiedad pronombres y adjetivos, declinaba pertinentemente los sustantivos, enunciaba condicionales de subjuntivo y articulaba proposiciones relativas...

También aquella gente callada del aduar debía de tener una gramática en alguna parte. Gramática para entretejer la conversación, con diálogos inaudibles y largas pausas de silencio. Incluso para callar se tiene una gramática.

Gianni Rodari escribió una *Gramática de la fantasía*. Creía que había ciertos recursos que promovían la imaginación del niño; que, agilizados esos dispositivos, el pequeño lograba la capacidad y la libertad de narrar mil y una historias.

La infancia es la patria de cualquier persona, porque es entonces cuando mejor funcionan los aparatos de la imaginación. Y porque casi todo está por hacer. Pero después, ¿qué se ha hecho? Y qué efímeros son luego los recuerdos de la niñez. Con qué cuidado fabricábamos canicas de barro como si fuesen planetas. La madre cosiendo todo el día en la máquina *Singer*. Caligrafías infantiles en fríos pupitres.

Recuerdo también una tarde en la playa de Laida, cuando una señora les decía a tres niños aldeanos que veían por primera vez el mar:



Hayy disecciona el cadáver de un ciervo para conocer la razón de su muerte. Abu Bakar ibn Tufail, médico, astrónomo y poeta de Al-Ándalus, vivió a lo largo del siglo XII y escribió la novela *Carta de Hayy Ibn Jakzan sobre la sabiduría oriental*, más conocida en el ámbito hispánico como *El filósofo autodidacto* y en el ámbito anglosajón como *La prueba de la razón humana*. El protagonista de la novela, Hayy, vive desde su nacimiento en una isla deshabitada y, en su soledad absoluta, tiene que descubrirlo todo por sí mismo, imponiéndose a la naturaleza mediante su pensamiento racional. Es una novela que influyó en Daniel Defoe, seguramente, a la hora de escribir *Robinson Crusoe*.

—¡Pero niños, por qué no habláis en cristiano!

Se quedaron apocados y callados como si les hubieran repartido, en vez de caramelos, vergüenza. La lengua del poder llevaba aquel día blusa amarilla y pendientes de perlas.

—*Españolez eitteko esan gure dau!*

‘¡Quiere decir que hablemos en español’. Las olas se cerraban como párpados antes de llegar a la arena. Tampoco en aquellos tiempos había mucha esperanza, salvo la de que cada cual jugara con su propia sombra.

Con la gramática del poder sucede que nunca se sabe exactamente con qué dispositivos cuenta ni cómo funciona. Además de las evidencias de capitales, armas y leyes, echan manos invisibles como redes sobre las personas. La gramática del poder se refleja también en el habla:

—¡No seas moro! —le dice una persona a otra.

Y poco después:

—Ese es un talibán...

Cuando los talibanes son esos desarrapados del país reventados por los bombardeos de los noticieros. Pero es la jerga convencional, el lenguaje dominante. Explosivos lanzados a cualquier punto, desde aeronaves no tripuladas enviadas desde el otro lado del mundo. A veces hablamos una lengua, y otras veces es la lengua la que habla por nosotros.

Es la pesada lengua del poder, a menudo, la que mediante los televisores a todo color y en conexión permanente dice qué hay que saber y qué hay que decir. Por eso se llaman ‘medios’ y exponen un mensaje permanente: que los afortunados se merecen la fortuna de que disfrutan, y que los desdichados se merecen su desgracia. Es la lengua que impone el permanente descrédito a los oprimidos y el renovado desprecio a los perdedores.

—Nunca hemos escrito sobre Mohamed.

—¿Y para qué quieres escribir sobre Mohamed? ¿Qué vas a conseguir con eso?

Da la impresión de que escribir hoy día acerca del pasado y sobre el poder es un ejercicio de anacronismo. Como si fuera una caligrafía que ha quedado ya fuera de lugar desde que los que mandan organizaron nuestras vidas a manera de un *self-service*. Es como romper el plato en que te dan de comer. No es un gesto bonito, no queda amable, no es así como llega uno a que le publiquen en una editorial de Madrid o París.

Además, el vascuence ya se ha normalizado en Laida; el *euskera* ha sido reconocido como idioma español. De todas maneras, seguimos siendo Mohamed

de alguna manera, como aquellos niños aldeanos que vieron por primera vez el mar una tarde de 1967, o como los tudelanos de 1119. Y somos judíos alemanes también. Aunque somos Mohamed. Todos somos moros, por una razón o por otra, pero somos moros, sobre todo porque los moros no existen.

O, por lo menos, porque no hay por qué ser moro. Sucede que, en contraste con átomos y minerales, somos objetos y sujetos¹ al mismo tiempo. Por eso mismo, nunca sabemos bien si tomar las cosas como cuestiones personales o si habría que tratarlas como si fueran problemas ajenos.

Entré a la Casbah en busca de una gramática. También para hacer una guerra, en el sentido que le dio a la palabra Joannes d'Etcheberri de Sara, el de combatir la ignorancia. El resultado se hubiera podido presentar en cuatro o cinco volúmenes: la biografía del fraile que hizo la gramática shelha, la historia de la turbulenta república del Rif, un ensayo de crítica al imperialismo y al poder en general, una introducción a la cultura amazigh, una protesta de insubordinación vasca frente los nacionalismos francés y español, o una visión de la política como recuperación de la plaza vacía de decisiones colectivas. Restringiendo los temas todo hubiera sido más académico, pero de esa manera muchos elementos discordantes se habrían quedado fuera.

Y he querido escribir sobre discordancias, a fin de que las discordancias se iluminen un poco entre sí, como lo hacen las estrellas en las constelaciones.

No tengo ni conclusiones ni sinopsis que anteponer. Quienes hemos soñado en alguna ocasión que la vida podría ser mejor para todos, debemos reconocer que tenemos un montón de basura frente a la puerta de nuestra casa. Ni teorías, ni normas, ni listas de buenos y malos tienen mucho sentido: todos estamos atrapados en las estructuras de dominación. Esto no es una gramática, sino simplemente una indagación en torno a la gramática, la lógica y la retórica del poder, junto con algunos materiales recogidos y clasificados de ese gran vertedero que el pasado ha dejado en las calles.

Espero que se me disculpen los 'pero', que Pedro Astarloa consideraba adverbios malditos,³ y tantas notas y citas de libros que durante años he tenido como interlocutores y que no he querido escamotear al lector. También espero que se me excuse el largo itinerario que propongo, que tiene perfil de escalera y quizás sea tan difícil de recorrer en línea recta como las escalinatas de M. C. Escher.

El lector puede leer el libro, o no. O hacer la promesa de que lo leerá y no cumplirla nunca, o leerlo dos veces, la primera en voz alta y la segunda en silencio, o jugar a pasar páginas de vez en cuando. O leer incluso los libros que

se citan en las notas, después de leer este o en lugar de él. También se pueden hacer orejas de perro con la esquina superior de las páginas.

Está escrito. Pero no diré *mektub*,⁴ en el sentido en que lo dicen los moros, que ya estaba escrito, porque ni siquiera está escrito todavía. Porque, aunque estuviera escrito, podría reescribirse al lado, o encima. Porque todo está aún por hacer.

En busca de la gramática de los moros

El sentimiento más ruin que conozco es el odio a los oprimidos, esa disposición a justificar su sojuzgamiento a partir de su naturaleza. De ese sentimiento no se libran ni siquiera filósofos ecuanímenes y escrupulosos.

ELIAS CANETTI

La triste alforja de la palabra moro – La historia, repertorio de acontecimientos y desastres – Moros en la costa – La ventaja de nacer cristiano – Y más espectros en el horizonte.

La triste alforja de la palabra moro

No es fácil saber de buena tinta lo que se ha metido en la alforja de cada palabra. Las palabras son cosas anómalas, herramientas abstractas, son prejuicios también. Por eso, conviene saber a qué temores se hace alusión cuando se dice la palabra ‘moro’, pues deben ser muchos los sucesos, las opiniones y las aprensiones que se acumulan en el viejo zurrón de ese término.

Los moros fueron como espantajos en las viejas leyendas y cuentos vascos. En la mitología popular que recopiló José Miguel Barandiarán se llamaban *mairuak*, del vocablo latino *mauri*, que era el nombre que se les había dado a los pueblos del norte de África, siendo *Mauritania* una provincia del Imperio romano. De las formas latinas *mauri* o *maurus*⁵ se derivaron, en lengua vasca, las variantes *mairu*, *mauri*, *mauru*, *moru* o *moro* que se aplicaron genéricamente a quien no fuese cristiano, denotando tanto al pagano como a quien no estuviera bautizado, y mezclándose a menudo con los términos de gentil, lamia y bruja.

En la Baja Navarra se hablaba del ‘brazo del moro’, y se le atribuían poderes misteriosos a dicho brazo, o más bien a su osamenta. El moro, en este caso, podía ser un bebé fallecido sin bautizar, y los huesos del brazo servirían para alumbrarse en la noche o para ayudar a los moradores de la casa a conciliar el sueño. En Mendibe, se suponía que el dolmen de Arniaga lo trajo un moro, sosteniendo una de aquellas grandes rocas sobre la cabeza, otra bajo el brazo y aguantando una tercera bajo la camisa...

Además de leyendas y misterios para propagar miedos por el aire, tampoco entre los vascos tardaron en difundirse juicios supuestamente justificados y razonables sobre moros. Los moros son esos que «no tienen corazón» en el poema *Karidadea!* de Pedro Mari Otaño,⁶ o son «los peores del mundo» en los versos de *Lino Ankabakar* de Felipe Arrese Beitia.⁷

Un personaje de la novela *Latsibi* de Resurrección María de Azkue dice «¡Antes moro!» como quien dice «¡Antes muerto!». En las estribaciones del Gorbea, en las orillas del Urola o en el valle de Baztán los ancianos utilizan esa expresión:

—*Nik hori egin? Ezta...! Lehenago moro!*

Es decir, que ‘no lo haría por nada del mundo, antes moro’.⁸ Como si ser moro fuera lo más indigno, lo último.

Hay un bonito cuento de Navidad escrito por Jean Barbier que se llama *Eskualdunak Egiptoan* [Los vascos en Egipto]. Los señores de siete casas emprenden viaje para dar la bienvenida al mundo en nombre de los vascos al niño-Salvador recién nacido. Llegan en barco a la costa de África y se dirigen impacientes, cada uno con su báculo, hacia Jerusalén. Avanzan siempre hacia oriente, sin alejarse del mar, para no perder el rumbo. Pero no van solos por el litoral:

«Con frecuencia pasaban por su lado todo tipo de moros negros, ladrones y bestias salvajes, que los rondaban como el águila sobrevuela los rebaños de ovejas».⁹

Los moros eran un prejuicio, un estereotipo, un lugar común. Como se relata en *Los Baroja*, así los veía el panadero de Vera de Bidasoa:

«*Gente zikiña ta alferra*».

‘Gente sucia y perezosa’, los moros. La opinión de Pío Baroja que se recoge en el mismo libro de memorias no es ni más elaborada ni más intelectual, cuando se dirigió así a su joven sobrino Julio Caro Baroja, que se disponía a partir en viaje de investigación antropológica a Marruecos:

«No sé qué esperas encontrar entre esos moros zarrapastrosos».¹⁰

Le parecía a Pío Baroja que los moros vestían andrajosamente, pero los moros se bañaban en aquel tiempo bastante más frecuentemente que los europeos. Además, a los moros les parecían absolutamente incómodos y ridículos los trajes occidentales.

Son ejemplos de prejuicios en los que no merece la pena redundar. Es como si hubiera habido en tiempos remotos algo malo en la relación entre vascos y moros.

La historia, repertorio de acontecimientos y desastres

Si repasamos la historia, ese repertorio de acontecimientos y desastres que se cuentan siguiendo un orden más o menos cronológico,¹¹ leemos que los moros conquistaron e invadieron España durante ocho siglos.

La vieja historiografía española relata la tenaz resistencia contra los musulmanes, a la que llama Reconquista, llevada a cabo por los caballeros cristianos para poner fin a la oscura barbarie mora. En las efigies románicas del pórtico de la iglesia del monasterio de Leire se representa la leyenda de Alodia y Nulilo: el padre musulmán asesinó a sus dos hijas porque no aceptaba que fueran cristianas, aunque la madre de ambas lo era.

En aquella lucha sin cuartel contra el mal que duró siglos, los cristianos contaron con la asistencia celestial, especialmente del apóstol Santiago, quien montado en un hermoso caballo y enarbolando la espada como si fuera rayo, derribaba moros a montones, como si fueran hormigas. A Santiago le seguían los cristianos, que los degollaban con comodidad, hallándolos aturridos, inválidos o lesionados, de manera que quedaron 70.000 moros muertos en el campo de batalla y una infinidad de despojos.¹² Así era pues Santiago, hermano de san Juan el evangelista, tan empeñado en favorecer a los españoles,¹³ que como si fuera su capitán general aparecía en las batallas para masacrar a los moros.

En la batalla de 1212, que para la posteridad los castellanos llamarían de Las Navas de Tolosa y los moros *Hizn el-Okab*, los españoles contaron con el auxilio de la Virgen María a la hora de matar enemigos. Los reyes de Castilla, Aragón y Navarra pudieron detallar 200.000 moros muertos, mientras el ejército cristiano solo sufría 25 caídos, gracias al apoyo de la Virgen. Y siempre se ha contado que Sancho VII, *El Fuerte*, aprovechó aquel momento de confusión para llevarse a Navarra el enrejado de cadenas del Rey Moro,¹⁴ y bien pudiera merecer por ello también el sobrenombre de *El Ladrón*.

Y algunos, por la acción de matar moros y robarles casas, ciudades y reinos, no sin la asistencia de Santiago *Matamoros* y María Santísima, quien hasta llegó a parar el sol en el cielo para que los cristianos descabezasen a los moros antes de que anocheciera, se convertirían en santos, como san Fernando II de Castilla y III de León...

En 1444, Alonso de Mella y unos pocos herejes huidos de Durango se refugiaron en Granada, el último reino moro. El franciscano fugitivo decía que no había hecho más que cumplir el precepto evangélico de *si vos persequuntur in una civitate fugite ad aliam*, es decir, 'si os persiguen en una ciudad, huid a otra'.

Después de haber predicado con considerable éxito una forma de misticismo anarquista en el Duranguesado, hizo en Granada apología de los sarracenos, mientras Castilla y la jerarquía eclesiástica quemaban vivos a más de cien herejes frente a la iglesia de Santa María y en otras plazas inquisitoriales.

Al observar y estudiar con atención la fe de los sarracenos, se dio cuenta de que no eran infieles, tal como se decía, sino buenos y fieles católicos, pues creían en un único Dios creador del cielo y de la tierra con una fe, una humildad, una reverencia y una devoción profundas. Quizás creían, adoraban y honraban más que los cristianos, y respetaban más las obras y las palabras de Jesucristo, aquellas que podían y debían creerse mediante la razón. Mella creía, y así se lo explicó al rey de Castilla en carta que le escribió en latín,¹⁵ que era admirable la presteza de los sarracenos a la hora de escuchar y examinar cualquier cosa que pudiera probarse por medio de la razón, y que gracias a tales razonamientos había comprendido él que Dios no pertenece a los cristianos, sino a todos quienes creen en Él y cumplen sus mandatos.

Los vascos contribuyeron a la gloria de España mediante la expulsión de los moros. Eso es lo que dice, al menos, la narración histórica española. Incluso después de haber sido los moros desterrados a África. Tras la conquista de Granada por los Reyes Católicos en 1492, fue Íñigo Artieta, marinero de Lequeitio, quien condujo hasta la costa marroquí al rey Boabdil de Granada, último monarca moro, y a su familia y a su séquito, un total de 1.130 personas. También Juan Pérez de Loyola, hermano de Ignacio de Loyola, llevó en su barco a otros 480 andalusíes hacia el destierro de África.

No se respetaron las capitulaciones de Granada. De acuerdo con lo negociado por Boabdil¹⁶ con los reyes de Castilla y Aragón, los moros podrían preservar su religión, sus costumbres, sus armas y todas sus libertades políticas. Sin embargo, el cardenal Cisneros emprendió una política de cristianización implacable, a la cual los moriscos tendrían que plegarse por las buenas o por las malas.

Cada vez que los moros se sublevaban, los cristianos los convertían en esclavos. Como consecuencia de la Pragmática de 1502, los musulmanes tuvieron que escoger entre bautizarse o marcharse. A los mudéjares¹⁷ no les quedó más remedio que bautizarse. Tuvieron que cambiarse hasta el nombre, haciéndoles la merced de darles uno cristiano en lugar del moro. En caso de indecisión, el escribano asignaría el nombre de Fernando a los varones y el de Isabel a las hembras.

Pero bautizarse no era suficiente. La Inquisición vigilaba perseverantemente a marranos¹⁸ y a moriscos,¹⁹ puesto que sospechaba que esos nuevos cristianos



mantenían su vieja fe a escondidas. Entonces, se empezó a criminalizar el no comer cerdo, el no beber vino, el comer cuscús o el bailar al son de la música bereber. Con el tiempo, para los cristianos ‘viejos’ los cristianos ‘nuevos’ serían sospechosos permanentes, comprobado que ni siquiera el bautismo limpiaba la sangre de judíos y moros, siendo su infidelidad consecuencia de su sangre. Se nacía cristiano, judío o moro, y esa identidad se transmitía biológicamente,

de manera que no solo habría que probar la fe cristiana sino la limpieza de sangre.

El testamento de la Reina Católica ordenaba además que la guerra contra los moros no acabara con la ocupación de toda la península, sino que se hostigara a la morisma en todo el ámbito de la cristiandad e incluso en sus propias tierras infieles, como recordarían una y otra vez quienes se lanzaron a la conquista de África.

Pedro Navarro conquistó el peñón de Vélez de Gomera, Orán, Bujía, Trípoli y otras plazas en 1508, para dejarlas poco después en manos de los moros berberiscos. Pero Pedro Navarro, también llamado Pedro Bereterra, no es un personaje apropiado para la historiografía española, pues, aun habiendo nacido en el Roncal cuando Navarra era reino independiente, y siendo ingeniero de explosivos, estuvo sucesivamente al frente de, entre otros, los ejércitos de Aragón, Castilla y Francia, con una lealtad francamente versátil...²⁰

Mientras los españoles combatían con turcos y piratas berberiscos, el rey Felipe II prohibió la *algarabía*. De aquellos tiempos de conquista y sometimiento de los otros procede la matraca que el español ha repetido a lo largo de los siglos al oír una lengua que él considera fuera de lugar: «¡Habla en cristiano!». Deja la algarabía,²¹ y habla bien. Felipe II prohibió también los trajes moros y las ceremonias musulmanas. Pese a tanto empeño, los moriscos no se integraron en la sociedad hispana, o por lo menos no en la medida en que lo deseaban la Iglesia, la jerarquía política y también el pueblo llano. Al estallar la rebelión de las Alpujarras, la represión fue brutal, y los moriscos de Granada fueron deportados en tropel a Castilla.

Finalmente, en 1609, cerca de 300.000 ‘moriscos canallas’ fueron expulsados de la península por los ‘celadores prudentísimos’²² de la fe. Tuvieron que irse extrañados al norte de África: Orán, Túnez, Tremez, Tetuán, Rabat o Salé. Otros marcharon hacia Francia, Italia, Sicilia o Constantinopla. Muchos más se fueron a las más extrañas tierras de América.

Moros en la costa

En la historia vivida no siempre se ha cumplido la historia de leyenda. La vida cotidiana es de una naturaleza que no destaca en los libros de historia. Vascos y moros convivieron durante mucho tiempo y no siempre lo hicieron de forma conflictiva.

Los moros fundaron Tudela a comienzos del siglo IX, en el norte de Al-

Ándalus. La mayor parte de los habitantes de la urbe eran moros y judíos. Alfonso, rey de Pamplona y Aragón, venció en febrero de 1119 a los almorávides que dominaban los alrededores del Ebro,²³ pero como no quería despoblar la ciudad de sus naturales, tuvo que regimentarla políticamente. Aceptó el acuerdo de rendición de los moros de Tudela: los moros entregarían la localidad al rey cristiano y a cambio este protegería la vida física y las actividades económicas de la población mora. A fin de negociar el pacto de capitulación se reunieron por un lado nobles navarros y por otro *cadíes*,²⁴ *alfaquíes*,²⁵ *alguaciles*²⁶ y otros ‘moros buenos’.

En el texto del acuerdo se distinguieron dos tipos de moros: los que no aceptaban la dominación navarra y querían abandonar la ciudad, en su mayoría hombres de armas y funcionarios almorávides y, por otra parte, quienes preferían quedarse en la ciudad bajo el amparo del rey cristiano, sobre todo artesanos y labradores.²⁷ A los primeros se les concedió la posibilidad de marcharse junto con sus mujeres e hijos. A los segundos se les garantizaría por ley su integridad física y la seguridad de que no serían objeto de ningún tipo de represalia. Así se impedía que ningún cristiano entrase a la morada o en los terrenos de un moro de Tudela sin permiso del dueño de la casa. Cada cual se haría cargo de las propiedades de su hacienda y podría vivir en su casa hasta que concluyera la construcción, en el plazo de un año, de un barrio propio. Entre tanto, la mezquita principal también quedaría en manos de los musulmanes. Los tributos no serían opresivos y los moros gozarían de gran autonomía en la *aljama* o morería. Los musulmanes no querían mezclarse con los judíos y lograron que se prohibiera expresamente la posibilidad de que un judío comprara un esclavo moro. Los cadíes serían jueces, los alfaquíes se encargarían de asesorar en materia de ley y religión y los alguaciles vigilarían la vida cotidiana del barrio. La ley que se utilizaría para resolver las desavenencias entre moros sería la islámica, y así se juzgaría incluso a aquellos moros que fueran denunciados por cristianos. A la inversa, si un moro denunciaba a un cristiano el juicio se celebraría según el fuero de Navarra.

Aquel tratado de rendición de Tudela en 1119 fue bastante ‘civilizado’ en relación a los derechos de las minorías, pero no iba a durar mucho. Esa autonomía que se les concedió a los moros fue recortándose con los años, mientras se les imponían mayores impuestos y renovadas discriminaciones.

En los documentos de las Juntas de Guipúzcoa se haría corriente la muletilla de que moros y judíos tenían que abandonar la provincia. Y si se repetía la solicitud era porque quizás permanecían en la provincia, aunque fueran expulsados

para siempre. La historiografía española fue creciendo alimentándose de cierta retórica anti-musulmana, mientras el reino de España se veía legitimado por el cristianismo. Necesitaba un espantajo en el horizonte, para ir a ampliar sus territorios. Una vez disponiendo de poder, le hacía falta un enemigo. No se podía vivir sin moros, sin su maldad y sin su amenaza, sin el temor al regreso de los moros.

El espectro del moro servía para todo. A mediados del siglo XVIII, a propósito de los malos tratos domésticos, Agustín Cardaberaz se dirigía así a un hombre que había apaleado a su esposa:

«¡Mira qué valiente! La gente como tú, a matar moros...».²⁸

Para entonces, la alforja de la palabra ‘moro’ ya se había convertido en un saco grande y oscuro en el que cabían desde masacres terribles hasta juguetes. Aún hoy se utilizan en las fiestas de algunos pueblos muñecos que representan a moros. En las pastorales de Soule los moros aparecen junto a los diablos, vestidos de rojo, como infieles malignos mientras profieren ruidosas blasfemias y malicias. Uno de los gigantes de las fiestas de Bilbao –que ya no sale a la fiesta– era el Rey Moro, con su turbante, la media luna y el alfanje en la mano; la Reina Mora llevaba un instrumento musical para que la gente bailase. El 28 de agosto se celebran en Anzuola hazañas que supuestamente realizaron los antepasados ante los moros en 1342 en tierras del sur de Navarra, mediante una fiesta en que se juzga, condena y ejecuta a un moro encadenado.

Esta retórica se convirtió en guerra de verdad en 1859, cuando los Tercios Vascongados compuestos de ‘voluntarios’ tuvieron que ir a marchas forzadas hasta Tetuán a matar moros. En la siguiente campaña, la de 1893 en Melilla, los vascos ya no eran voluntarios, sino quintos. Después volverían a enviarlos en muchas ocasiones en guerra al moro, sobre todo durante las tres campañas que incendiaron el Rif en 1909, 1911-1912 y 1921-1927. También los vascos de Francia se dedicaron a perseguir moros en aquellos tiempos, sobre todo en el sur de Marruecos y en Argelia.

La revancha llegaría después, en la Guerra Civil española, cuando se les dio a los moros la oportunidad de participar en la cruzada. En la obra de teatro *Lurrikara* o ‘Terremoto’²⁹ de Antonio Labayen aparecen unos moros entrando en un pueblo guipuzcoano en 1936. A Paxkual, sacristán y cillerero del convento, se le escuchan estas palabras:

«¡Una vez vi a un moro! De mentiras, ese de las fiestas de Anzuola. ¡Y ahora resulta que son de verdad, y el pueblo está ya lleno de ellos! ¡Los hombres de la media luna, aquí! ¿Es que Dios ha cambiado?».³⁰

Después de que los españoles abandonaron el Protectorado de Marruecos, todavía tuvieron los quintos que quedarse en Ifni y el Sáhara, agitando fantasmas, celebrando conmemoraciones y provocando desastres.

Una vez que los sucesos se plegaran entre las brumas de la historia, solo han quedado fragmentos de relatos, con sufrimientos, creencias y recelos, ecos y prejuicios de viejas palabras.

El pasado es una cosa extraña, porque permanece con vida en el presente. Todavía son tierra española, en el horizonte, posiciones dispersas en la costa: la roca de Perejil,³¹ la ciudad de Ceuta, el peñón de Vélez de Gomera,³² el islote de Alhucemas,³³ la ciudad amurallada de Melilla y las islas Chafarinas.³⁴



Konstantin Stanislavski en 1896, en el papel de Otelo, el moro de Venecia.

La ventaja de nacer cristiano

Así las cosas, no es sorprendente que los cristianos estén tan satisfechos y agradecidos por haber nacido en la cristiandad. En otro de los sermones de Agustín Cardaberaz puede leerse que a Dios le debemos la felicidad de haber nacido en el lugar apropiado:

«Dios nos creó en población cristiana, entre sus escogidos, y no entre moros, turcos o paganos».³⁵

Distinguido de esas multitudes de gentes desdichadas, el cristiano queda desde que nace y para siempre en deuda con Dios. Joaquín Lizarraga confirmaba esta complacencia en el decimoctavo sermón de *De felicitate christiani* desde su púlpito de Elcano cualquier día de 1778:

«Mira a tantos filósofos, emperadores, emperatrices, reyes, reinas y tanto género de personajes, que siendo turcos, moros, herejes, bárbaros, judíos y gentiles en el mundo, se encuentran todos encaminados al infierno; y a ti, pobrecillo, a ti, tonto y tonta, que eres incluso feo y fea, y que no eres nadie al lado de ellos, a ti, en cambio, te ha hecho nacer en tierra cristiana; te ha hecho cristiano, te ha purificado mediante el bautismo, te ha marcado con su grandeza y te ha situado en el seno de la Iglesia, rodeado de medios y remedios, y en la senda de la salvación».³⁶

Basta ver un informativo televisado para convencerse de la suerte de haber nacido cristiano también en estos albores del siglo XXI. Haber nacido en la parte salva del mundo, mientras se ve en patera venir –y quizás no llegan– a musulmanes y otros paganos desde el norte de África hasta las orillas desoladas de Almería.

Habrá quien piense que se habla de la religión cuando se dice cristiandad. Pero la palabra ‘cristiano’ es otro saco oscuro por dentro. El cristianismo no es, por supuesto, la fe que Jesucristo predicó en la Palestina pretérita. Jesucristo y sus primeros seguidores eran pobres y marginales que se rebelaron de alguna manera contra el Imperio romano y contra el Templo judío. Creían que el mundo iba a acabarse enseguida y que entonces advendría el Reino de Dios. Proponían una especie de relación personal con el Todopoderoso, junto con una doctrina de igualdad, ya que habiendo Dios creado a los seres humanos a su imagen y semejanza estos serían ‘iguales’ entre sí y, redimidos estos gracias a la sangre de Cristo de la tara del pecado original, ya no habría judíos ni griegos, ni sojuzgados ni elegidos, según dijo san Pablo en su carta a los gálatas, no habría diferencias entre el hombre y la mujer.

Los cristianos fueron en sus orígenes comunidades apocalípticas que vivían a la espera del Gran Día. El apóstol san Pablo creía que ese día llegaría cuando el Mensaje se extendiera a todo el mundo, de manera que predicaba con la esperanza de adelantar el Juicio Universal. Sin embargo, a medida que se propagó la religión, el discurso fue serenándose. Fueron abandonando el arameo y empezaron a hablar griego, se instalaron en las ciudades y fundaron diversas escuelas y sectas que preconizaban la pobreza, el ascetismo y el bien. Si primeramente fueron apocalípticos, pasaron a ser gnósticos y exegetas, para acabar siendo, con el tiempo, eclesiásticos.

El cristianismo tal como se plasmó posteriormente nació en el siglo IV, cuando el emperador Constantino vinculó la religión al Imperio. En la narración de la Iglesia se relatará que fue él quien se convirtió al cristianismo. Sin embargo, el cristianismo se transformó con Constantino, cuando los cristianos, comprendiendo que el mundo no iba a acabarse inmediatamente, empezaron a compartir designios y a hacerse cargo de estructuras imperiales. La Iglesia se convirtió de hecho en el principal sostén del Imperio de Oriente.

En Occidente,³⁷ por otra parte, la propia Iglesia se esforzó en restaurar el Imperio romano mediante la coronación de Carlomagno en tal ciudad. De hecho, se alió con el poder, que necesitaba la unidad, la jerarquía y la sistematización teológica para administrar el monopolio de la Verdad. La Iglesia

modeló asimismo la concepción del espacio y del tiempo. Como extendiendo una red, fundó en todas las poblaciones templos y ermitas, con sus correspondientes campanarios, e hizo que Roma se convirtiera en la encrucijada y el centro de todos los caminos del mapa del mundo. También se instauró un nuevo calendario, que contaría los años a partir del nacimiento de Cristo, pese a que hubiera que establecer tal fecha especulativamente. Se impuso una ortodoxia, no solo para emparejar los rituales y la doctrina, sino también para regular la vida cotidiana de las personas y las estructuras sociales. Además, el desenvolvimiento existencial de los cristianos se contaminó tolerantemente con el dinero y el sexo, dejando la pobreza y el ascetismo primitivo para cuando llegara el apocalipsis, pues incluso los cristianos necesitaban algunos incentivos a la hora de vivir la vida.

El cristianismo no sería solamente cuestión de fe y relación personal con Dios. La cristiandad era una vasta estructura sociopolítica con proyecto de llegar a ser universal. Y ser cristiano no sería una opción privada, sino prácticamente una obligación social, imperativa para quienes nacieran en territorio cristiano y también para muchos otros. El mismo Carlomagno, mientras guerreaba contra los sajones para ampliar los límites de su imperio y de su religión, condenaba a muerte a los capturados que no estuvieran dispuestos a bautizarse.

La historia de los desastres del cristianismo sería interminable. La Ilustración denunció el poder de la Iglesia, junto con el de la monarquía, y las cosas han ido cambiando positivamente en los siglos XIX y XX. Los estados modernos de Occidente son aparentemente laicos. La fe ha adoptado otras formas, quizás, y el poder se ejerce de otras maneras.

Se han abierto las fronteras para los capitales de Occidente, pero no se le da a la gente visado universal. Véase si no a la Guardia Civil escoltando los cuerpos ahogados que las olas arrojan sobre la arena de los litorales de Almería. Es que los moros nunca han estado entre los ‘escogidos’.

Y más espectros en el horizonte

Si el moro no es capaz de vivir en su país –como esos moros que aparecen en la pantalla del televisor–, ese es su destino y su propio error, de manera que se puede considerar normal el castigo que sufra en las frías aguas del mar o contra los acantilados. En el caso de que se haya quedado a vivir en su país –como el moro que sale en las imágenes de Afganistán–, es probable que un avión descargue montones de bombas sobre él; como sobre ese que se ve correr como sin rumbo justo en el centro del círculo rojo del punto de mira electró-

nico, porque estos desgraciados surgen de cualquier parte despreciando la vida y arremetiendo contra la civilización.

Después del desmantelamiento de la Unión Soviética, dado que el espectro comunista que se había alegado a lo largo del siglo XX no es ya rival suficiente, se ha vuelto a poner en primer plano la sombra del Islam en Occidente. Regresan los moros desalmados como en los tiempos de las cruzadas, los moros fieros como en la época colonizadora del siglo XIX, los moros desagradecidos como en el periodo de descolonización del siglo XX. La civilización tendrá que defenderse ante tanta amenaza. Habrá que acostumbrarse a lo que pasa en Irak y en Afganistán, en Palestina y en Somalia, habrá que aceptar con normalidad que Occidente salvaguarde la tranquilidad general con contundencia. Se trata de gente atrasada, tozuda, violenta. Habrá que hacer recordar una y otra vez que tal es el amparo que se concede la democracia avanzada a sí misma.

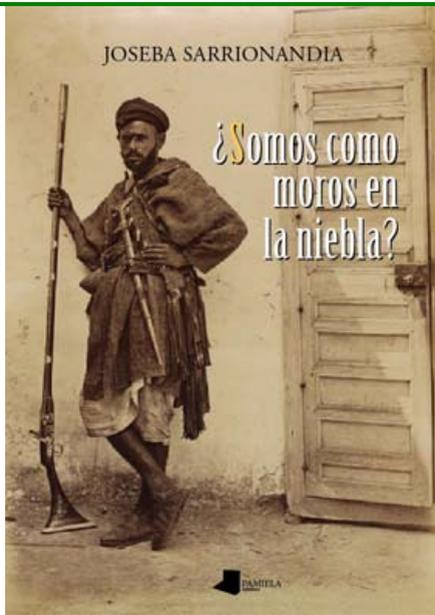
Suele decirse que la intervención militar contra el fundamentalismo islámico empezó tras el atentado contra las dos torres de Nueva York el 11 de septiembre de 2001. O tras los atentados en los trenes de Madrid el 11 de marzo de 2004 o contra el metro de Londres el 7 de julio de 2005. La presión ideológica, política y militar de Occidente contra los musulmanes tiene una larga historia, ininterrumpida desde las cruzadas medievales. La teoría del choque de civilizaciones que Samuel Huntington ha formulado recientemente para alertar sobre el peligro islámico, e incitar al mismo tiempo a que tal combate se produzca, se parece bastante a las proclamas de los teólogos medievales o a la filosofía de los secretarios de la reina Victoria.

La figura tiene algo que ver con masacres lejanas –tan lejanas que se verán enseguida en el televisor de cada casa–, y también quizás con la marginación que se da en el barrio. Los moros no son de fiar, evidentemente. Los senegaleses sí, pero los moros no se integran, se dice. Venden baratijas o droga, y además roban. Lo que son, es ladrones, sobre todo. Y terroristas quizás también...

Y ahí sigue el moro, con la pesada alforja de los prejuicios ajenos a la espalda.

ÍNDICE

Entrada a la Casbah.....	11
I. En busca de la gramática de los moros.....	17
II. De Garay a Tetuán.....	29
III. La campaña de Marruecos.....	43
IV. José Lerchundi y las lenguas.....	60
V. Bereberes, imazighen, rifeños.....	69
VI. 1893: la vergüenza de Melilla.....	90
VII. Bereber, shelha, tarifit, tamazight.....	102
VIII. Cómo vas a hablar... ..	114
IX. La cartografía de la dominación y la nueva gramática.....	129
X. La conferencia de 1906 y la tragedia de 1909.....	142
XI. Informes acerca de los moros.....	157
XII. La muerte del gramático y la nueva Academia.....	175
XIII. El final de la poesía tuareg.....	186
XIV. La telaraña colonial.....	202
XV. La insurrección de los moros.....	220
XVI. La República Independiente del Rif.....	240
XVII. Guerra, censuras y motines.....	267
XVIII. Catástrofes de la <i>Belle Époque</i>	294
XIX. La carga del hombre blanco.....	316
XX. Exploradores, misioneros, militares y empresarios.....	356
XXI. La venganza de los moros.....	377
XXII. Ficheros perdidos.....	405
XXIII. Lengua bereber y lengua vasca.....	425
XXIV. Descolonización e independencia.....	440
XXV. El tamazight en los estados bereberófobos.....	468
XXVI. Igualdad y homogeneidad.....	488
XXVII. Réquiem por la lengua y emigración.....	513
XXVIII. Asimilación, inserción e integración.....	538
XXIX. Los vascos y la forma de sus deseos.....	592
XXX. Lenguas del pasado para el futuro.....	642
XXXI. Literaturas menores y literatura universal.....	669
XXXII. Lo que se olvida y lo que no se olvida.....	697
XXXIII. Construcciones que serán arqueología.....	749
XXXIV. Del teatro inapelable a una política sin certezas.....	786
XXXV. Final de algunas cosas, principio de otras.....	829
Notas y otros propósitos.....	859



¿Somos como moros en la niebla?

Sarrionandia, Joseba

Premio Euskadi de Ensayo 2011

ISBN: 978-84-7681-750-6

Ensayo y Testimonio nº 133

Año 2012 / 976 pp.

32,00 €

¿Somos como moros en la niebla?, publicado originalmente en lengua vasca con el título *Moroak gara behelaino artean?*, es un libro diferente y único. Partiendo del derrotero del misionero franciscano Pedro Hilarión Sarrionandia, autor de la primera gramática de la lengua rifeña, el libro se va convirtiendo en un extenso, intenso y documentado ensayo sobre la lengua amazigh y el contexto socio-político que gravita sobre ella y sobre las lenguas en general, con una exhaustiva información sobre las guerras coloniales y los más diversos personajes históricos, con biografías sorprendentes e historias inverosímiles. Así, a partir del análisis de lo sucedido en el norte de África, y dadas las implicaciones internacionales, propone un formidable y saludable ejercicio de memoria histórica que traspasa las fronteras y el tiempo. Y como necesario colofón que incluye la controversia, se despliega una ponderada y abierta reflexión socio-política y cultural sobre el devenir del País Vasco en particular y de la sociedad humana en general.

En palabras del autor:

«Entré a la Casbah en busca de una gramática. También para hacer una guerra, en el sentido que le dio a la palabra Joannes d'Etcheberri de Sara, el de combatir la ignorancia. El resultado se hubiera podido presentar en cuatro o cinco volúmenes: la biografía del fraile que hizo la gramática shelha, la historia de la turbulenta república del Rif, un ensayo de crítica al imperialismo y al poder en general, una introducción a la cultura amazigh, una protesta de insubordinación vasca frente los nacionalismos francés y español, o una visión de la política como recuperación de la plaza vacía de decisiones colectivas. Restringiendo los temas todo hubiera sido más académico, pero de esa manera muchos elementos discordantes sobre los que he querido escribir hubieran quedado fuera».

¿Somos como moros en la niebla? recibió el Premio Euskadi de Ensayo en Euskera el año 2011

Joseba Sarrionandia Uribelarrea (Iurreta, Bizkaia, 1958) es uno de los referentes de la literatura vasca actual. Ha publicado mas de 30 títulos desde 1980 (poesía, narraciones cortas, novelas, literatura infantil, ensayo, comics, traducciones...).